



Diario de un reportero

No sé cuándo llamar a mi compadre

Miguel Molina

En el principio había solamente cosas que pasaban con cierta regularidad: el sonido de las campanas llamando a misa en la madrugada, el autobús a Yecuatla, el ruido de cortinas metálicas enrollándose, los pájaros del parque, gente que se daba los buenos días en la calle.

En aquellos años, los días también terminaban con alboroto de pájaros, el escape estruendoso del autobús que viene de México en la noche profunda y despierta un mar de perros a su paso. Cada hora, la campana. Cada cosa a su tiempo. Hasta que tuve reloj.

Mi primer reloj fue un Steelco... Pocas cosas le cambian a uno la vida tanto como ese instrumento. De pronto, uno se vuelve sujeto de la hora en punto, y esa sujeción lo aparta a uno de los demás porque el tiempo es la cosa menos democrática que hay. Me pasó con los amigos.

A partir del reloj fuimos dejando de hacer todo todos juntos. Y el tiempo nos separó tanto que ni siquiera compartíamos las horas. Ahora, si quiero hablar con José Oramas -que

vive en Pekín- tengo que llamarlo entre cuatro y cinco de la mañana. Si quiero saludar a Jorge Ruffinelli -que vive en Stanford- tengo que llamarlo entre cinco y seis de la tarde. Pero no sé a qué hora llamar a Sergio González Levet, que es mi único compadre, porque él vive en Aguascalientes.

Y Aguascalientes vive una hora literalmente incierta. La cosa es que alguien tuvo la idea de que el estado no tenía por qué cambiar horario como todo el mundo, y alguien promovió la idea como muestra de democracia mexicana, y alguien dispuso que así fuera, y a alguien se le ocurrió correr los horarios de escuelas y oficinas, y alguien aprobó eso. Hasta ahí los hechos comprobables, en términos más o menos desapasionados.

Después me ganó la risa. Me imaginé a dos señores hablando entusiasmados en una taquería de Calvillo:

-Sí, fíjese usted que ahora que cambie el horario nos va a ir mejor, porque todos van a hacer eso y nosotros no.

-Ah, mire usted nada más.

Y pensé en la Filósofa aguascalentense, explicándole a su marido que tiene que dejar a la hija en la escuela a la misma hora en que tiene que entrar al trabajo:

-...somos una isla en el mar del tiempo, gordo, he ahí la prueba de que este país es relativo.

Da risa. Pero llega el momento en que la cosa deja de ser divertida y se convierte en advertencia: juegos como éste, con el horario, son muestras de que se están tomando decisiones de manera arbitraria y descuidada, nada más porque sí. Y nada desgasta tanto la autoridad -política o de otra- como usarla para cosas que no valen la pena.

Y además, cuando las disposiciones de la autoridad mueven a risa, es hora de que uno deje de pensar en las autoridades y las autoridades comiencen a pensar en lo que piensan los demás. Yo pienso en mi compadre, que vive una hora que no escogió en el lugar que escogió para vivir, y todavía no sé a qué hora llamarle.

A quién le dan pan que llore.

In memoriam sombrero

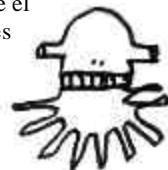
Mi abuelo usaba sombrero. Ya nadie usa sombrero, y los pocos que conservan el gusto son los campesinos (si bien no todos, porque hay quienes cambiaron el sombrero de paja por gorras beisboleras con el logotipo de algo), los que viven en el norte mexicano y en el sur

estadunidense (igualmente, la costumbre se reduce a algunos que cada vez son menos), la gente de pueblo chico (generalmente gente mayor), y un amigo colombiano que vive en Londres.

Cuando pienso en un campesino con sombrero me acuerdo del hombre que encontramos una tarde, esperando uno de los autobuses que llevan a Yecuatla. No

hallaba modo de sentarse a gusto porque el sombrero no lo dejaba recargar la cabeza en la pared. Si se quitaba el sombrero para acomodarse tampoco se hallaba, porque entonces le estorbaba tenerlo en las manos.

Ese problema se agrava si se trata de un vaquero del norte -o un cowboy del sur, depende-, porque el sombrero es caro, es fino y a veces hasta elegante, y el propietario usa botas va-



queras. Lalo es el arquetipo: manejaba camioneta (*troca*, como le dicen en esos rumbos) o Camaro nuevo, a todo el mundo le hablaba de *usted*, y gastaba dinero como si no importara nada. Una madrugada despertamos con la novedad de que lo detuvieron en Utah con diez kilos de coca y la licencia vendida. Estuvo preso seis meses. Yo pude conseguir casa en otra parte antes de que saliera en libertad.

Pero debo agregar que no todos los del norte -o del sur, que todo es relativo- son iguales. Tenemos el caso de don Eusebio, que era el vecino. Oriundo de un pueblito con nombre de apellido en un vericuetito de la frontera entre Zacatecas y Aguascalientes, hombre del desierto, orgulloso padre de media docena de hijas, trabajador intermitente de una empacadora desde que se vino de indocumentado. Don Eusebio usa sombrero, aunque de diferente modo.

El sombrero de don Eusebio es chiquito y conserva los vestigios de una pluma tan vieja que sin duda es de ave extinta, si bien el detalle de la pluma es lo de menos. Lo importante es que su estilo y su material nos sirven como ejemplo de quienes lo usan en pueblo chico, generalmente gente mayor, como ya se dijo. Aunque Don Eusebio no vive en pueblo chico es gente mayor, y por lo tanto tiene pelo escaso, casi siempre peinado de manera que un lado de la cabeza se preste cabellos al otro. En este caso, el sombrero no solamente le sirve para ocultar tan vergonzoso detalle sino para conservar la cabeza caliente.

Y mi amigo colombiano que vive en Londres -y cuyo nombre naturalmente omito para evitarle rubores- es caso especial. Cuando uno lo ve de sombrero, se imagina los tiempos en que el mundo estaba dividido en *gentiles damitas* y *galantes caballeros*, se fumaba en todas partes (por supuesto en el cine), y el que no usaba fijapelo Glostora se peinaba fuera de la realidad. Y como cuando usa sombrero se pone gabardina, mi amigo evoca la era de los detectives privados que entraban sin temor en callejones donde los esperaba un asesino pistola en mano...

Pero sobre todo recuerdo los sombreros de mi abuelo. Eran *Tardan*, una marca muy popular en esos tiempos. Mi abuelo se sentaba en las

escaleras a fumar un Del Prado y a pasarle el cepillo a su sombrero como si fuera la gran cosa. Los cuidaba como si fueran sus nietos...

Y la noche que fuimos al cine Ada a ver el estreno de la semana, cuando las pasiones se encendieron en la pantalla y casi al mismo tiempo las hormonas de los espectadores se pusieron a cien, en el momento de sordera que antecede a la escena en que los protagonistas por fin se besan y caen en una cama o en la arena que moja el mar, rendidos de deseo rayano en la lujuria, el sombrero de mi abuelo se interpuso entre mis ojos y lo que mis ojos estaban viendo, hasta que las cosas volvieron a ser como dios manda.

Sobre todo porque no hace mucho pude ver la escena censurada. Ahora me doy cuenta de que el cine ya no es lo que era antes, ni siquiera el cine de antes. Lo que esa noche se me hizo extremo de las pasiones -altas o bajas- era en realidad un beso de tantos, un frotamiento entre tantos, un episodio prescindible. Tal vez por eso los abuelos no necesitan sombreros.

In memoriam sombrero //

No hace mucho, pensando en una cosa y en otra, me dio por reflexionar -un acto elegante y profundo y pensativo como pocos- sobre el gusto y la costumbre de usar sombrero. Para algunos, el uso es cosa del pasado conocido aunque remoto: el arquetipo era el pachuco angelino, que Tin Tan tradujo al mexicano y luego al latinoamericano. Para otros es cosa de leyenda: no conocen a nadie que use sombrero o que lo haya usado.

Son especie a punto de extinguirse los que usaron o usan sombrero, ya sea por la edad, por la falta de surtido y la escasez de existencias, o por la naturaleza misma de la prenda. Ya exploramos algunas posibilidades del caso.

Pero Cristina Lerner me hace notar que nadie olvida que los sombreros fueron asimismo cosas de muje-

res, a pesar de las limitaciones propias de la industria en los siglos diecisiete, dieciocho, diecinueve y aun principios del veinte, aquellos tiempos siempre, otros tiempos, cuando las cosas eran diferentes y se usaban en la cabeza prendas francamente inefables, como hemos podido constatar en las adaptaciones de las Austen a la pantalla.

Sin embargo, cuando pienso en sombreros de mujeres pienso en el que usaba la Chacha (prima hermana de mi abuela, ella misma convertida en una abuela sin nietos, amorosa y arrugada, cuando joven sujeto y tema del bolero que hicieron inmortal *Los Panchos*), porque el sombrero que usaba era de paja y estaba roto y sudado y lo dejaba sobre la banca de la cocina cuando iba de visita, y yo lo miraba mientras me arrullaban las voces de las dos ancianas recordando...

Si lo pienso bien, no logro evocar a ninguna otra mujer que yo haya visto con sombrero. Es verdad que aparece fugazmente en mi memoria Lucila Lavalle, mujer alegre como ninguna otra, divertida, guapa -si me permiten que lo ponga de esa manera-, vestida para ir a la playa donde ahora se alza Laguna Verde, con un sombrero que no dejaba que el sol la tocara. Pero eso no tiene chiste, porque hombres y mujeres pueden ponerse sombrero cuando van a la playa, y porque no he conocido a nadie tan feliz de la vida como ella...

De ese recuerdo de infancia mi experiencia sombreril salta un cuarto de siglo hasta el recuerdo de una novia que fue del maestro Manolo Santiago, y que de muchas maneras era -y espero que siga siendo- una mujer de otra era. Usaba sombrero, sombreros de los que uno se encontraba en revistas antiguas, objetos sobrios que alguna mujer no necesariamente convencional terminaba por llevar en la cabeza.

Pero en mis tiempos las mujeres no usaban sombrero, moda que siempre me ha parecido estorbosa. Si acaso terminaban por ponerse uno prestado, de hombre, o de muchachos que a mi edad ignoraban la importancia de llevar la cabeza cubierta, despreciando los expertos consejos de los manuales de urbanidad.

Casi solamente las artistas de cine -por exigencias del libreto y no por



preferencia ni vanidad propias- usaban sombrero. Son innumerables los ejemplos mexicanos, que alguna vez fueron el *non plus ultra* del arte encarnado en una musa que no importa tanto.

Y, por supuesto, usaban sombreros a sus modos las modelos: las moras, las gallegas, las andaluzas, las cordobesas, las portuguesas y en general las majas de la madre patria o cualquier otra extranjera en general de cejas anchas, piel morena o blanca, redondeces expuestas y mirada vaga, perdida en la noche de los tiempos.

Por otro lado, hay quien sostiene que las mujeres ricas siempre han usado sombrero. Puede ser. No conozco a ninguna mujer millonaria, y las esposas de algunos amigos que lo son nunca han usado sombrero. Si acaso usan gorras de marca para que la luz no les hiera los ojos.

En las revistas europeas aparecen mujeres -de edad o de familia de noble origen y alcurnia establecida- con modelitos que mueven a sonrisa. El hecho de que muy pocas mujeres usen sombrero en nuestros tiempos revela que la vaina les parece superflua y excedente, y que se ha perdido en la bruma de las modas. Para decirlo en una palabra: el sombrero ya no sirve para nada.

Y es una pena. Tal vez hubiera sido una prenda de vestir de cierta utilidad lo mismo para hombres que para mujeres: el sombrero tapa la luz, protege de la lluvia, evita el polvo, conserva la forma del peinado, y tiene, en fin, virtudes numerosas, todas ellas dignas de tomarse en cuenta.

Eso nos lleva al tema de la siguiente columna: no cualquier sombrero en cualquier cabeza.

In
memoriam
sombrero
III
(y final)

Seguimos con la cosa de los sombreros. Y como ya mencionamos tipos de sombreros y temperamentos de la gente que los usa, y repasamos (superficialmente, por su-



puesto) la moda -arte de hacer adornos necesarios cosas simples o inusitadas- que hizo adorno lo que en principio era prenda necesaria para no quemarse con el sol, para que la lluvia no mojara, para conservar fresca la cabeza y sumiso el pelo, hablemos ahora del lugar en que se lleva.

Conozco personas a quienes nunca he visto sin sombrero. Se lo quitan, pero lo conservan a un lado, en el compartimiento de equipajes, bajo el asiento, siempre al alcance de la mano. Ese tipo de gente merece usar dicha prenda porque se ha ganado el derecho de hacerlo, y encima porque se ve bien cuando lo hace. Pero no son todos.

Ni siquiera son muchos. Durante siglos hemos visto a hombres y mujeres que vagan por la historia real o ficticia con sus sombreros. Observaciones minuciosas me llevan a pensar que su encanto y el recuerdo que despierta su encanto se deben a que por cierto les queda bien esa prenda. Hay cabezas, en suma, que parecen hechas para usar sombrero.

Hay quien se pone un sombrero y en diez minutos se lo quita y queda con cabeza de quien se acaba de quitar el sombrero, y esa figura capilar no se quita ni con gel ni con spray ni con nada. Hay, en cambio, quienes traen sombrero dos, tres, varias horas, se lo quitan y siguen como si nada: tienen cabello de artista en set. Recuerdo otra vez a mi abuelo, que con sombrero o sin sombrero era exactamente el mismo aunque descubierta.

Si yo me pongo sombrero, me aplasta las orejas y me da un aire desconcertado, y me sonrojo si alguien se me queda viendo. Si me lo quito -sea sombrero o gorra o casco o capucha o lo que sea- termino con el pelo parado, como si acabara de despertar. Tengo un par de docenas de gorras de varios colores y origen vario, y un sombrero que se guarda en la bolsa y no se echa a perder (por ese precio...), pero no me sirve de nada. Hay cosas que no se heredan. Para usar sombrero se necesitan estilo y temperamento, y disciplina y modo.

Pero es relativamente sencillo determinar si una cabeza es apta para portar sombrero: basta con saber si corresponde a la clase ipecateriforme

o a la clase iflundiforme; si la cabeza es iflundiforme, como el nombre lo indica, ponerle sombrero es un acto vano, torpe, banal, exagerado; en cambio, si la cabeza es ipecateriforme la prenda se convierte en un complemento natural y elegante, pertinente en todo el sentido de la palabra. Cuando mucho se requiere un espejo para saber si uno pertenece al universo adecuado.

Por eso se entiende el incontenible avance de la gorra beisbolera, que se ajusta a todo tipo de testa, que -gracias a su forma elemental- no oprime las orejas de ninguna manera, y que se puede llevar en la bolsa de los pantalones si fuera necesario. Si uno pierde la gorra -por robo o por descuido- va y se compra otra en la tienda de la esquina. Punto.

Me indicaba la editora de la revista londinense *Noticias Latin America* que hay pueblos latinoamericanos (los peruanos, algunos chilenos, algunos argentinos, algunos venezolanos, los ecuatorianos, los bolivianos, quienes en general viven en el desierto o en la puna, que es lo mismo pero en alto, y en las costas y en la selva) que conservan vivo el uso del sombrero. Son millones. Es cierto. Pero poco a poco va ganando terreno el imperio de la gorra.

Este avance se explica con un hecho que consigna la propia historia: el enfrentamiento entre sombreros (*Hattar*) y gorras (*Mussorna*) en el parlamento de Suecia durante el siglo dieciocho. Los sombreros buscaban la guerra con Rusia para recuperar Livonia, Estonia, Ingria y Karelia. Las gorras, por su parte, eran el partido de la paz. La historia -cuando menos en el diccionario que tengo- no dice ninguna otra cosa sobre el destino de estos grupos rivales, pero no hay que esforzarse mucho para saberlo.

Es claro: la inevitable muerte del sombrero y su eventual olvido son consecuencia final del desquite de las gorras suecas, que juraron borrar de la faz del planeta a sus enemigos, y ahora -sin alarde pero sin asomo de arrepentimiento- disfrutan su venganza. Y ante ese tipo de revancha definitiva, un odio sin violencia, un reconcomio de dos siglos, no le queda a uno sino -respetuosamente- quitarse el sombrero.